

EL PAISAJE DE LOS SENTIMIENTOS

(GUERRA EN LOS BALCANES)

Su familia y él fueron los últimos en subir en aquel viejo autobús de línea. El olor a humanidad en su interior era insoportable pero ellos, que durante más de dos meses habían estado conviviendo en el campamento con miles de refugiados, ya estaban acostumbrados y no lo percibieron como tal.

Apretados en los asientos, con ninguna pertenencia, se disponían a tornar a su ciudad, que se habían visto obligados a abandonar meses atrás. La emoción les embargaba, su mirada se dirigía hacia las montañas que tenían frente a sí. En este lado Macedonia, al otro Prizren, en Kosovo.

Ibrahim estaba nervioso, como todos. Mascaba chicle rítmicamente, casi sin darse cuenta, como un autómatas. Era una de las pastillas recibidas del soldado americano que les ayudó a subir al viejo autobús y que en estos momentos comenzaba a rodar. Poco a poco las tiendas de campaña se iban quedando atrás y el convoy multicolor enfilaba la casi destrozada carretera que les llevaba hacia el interior de Kosovo.

Su padre,- que había seguido, día a día, las noticias por un pequeño transistor compartido con decenas de familias ávidas en conocer cómo se desarrollaba el plan de ataque de la OTAN -, lo apretó contra su costado en un acto reflejo. Ibrahim alzó la mirada hacia su progenitor y comprobó cómo el gesto de rabia contenida que había marcado su rostro durante el tiempo que permanecieron acampados, estaba cambiando por el de la ilusión y la alegría. Las lágrimas que surcaban su rostro furtivamente así lo denotaban.

El trayecto que les separaba del “otro mundo” no era muy largo, apenas unos pocos kilómetros. Los pájaros de acero y las libélulas mecánicas, llegados desde muy lejos, surcaban el cielo macedonio como queriendo salvaguardar las vidas que la intolerancia de unos gobernantes no habían podido o no habían querido hacerlo meses atrás. Comenzaba otro éxodo de la diáspora albano-kosovar pero, esta vez, de vuelta a casa.

Fueron doce interminables horas de viaje en un trayecto que, en condiciones normales se hubiese hecho en dos. Atravesar la montaña en aquel quejumbroso autocar sobrecargado por una carretera casi impracticable, atender los “chek point” de las fuerzas multinacionales, sortear los indicativos de zonas minadas, socorrer desmayos y dolores... pero al fin estaban llegando a su hogar o lo que quedara de él. Habían escuchado decir que los serbios destruían todos los enseres aprovechables, quemaban viviendas incluso con personas dentro... volvía a repetirse la escena de tierra quemada.

El atardecer había cambiado el azul del cielo y ahora se tornasolaba cuando el convoy hizo su entrada en Prizren. Todas las miradas se dirigían hacia un lado y otro de la espaciosa avenida dedicada a uno de los héroes de la patria. Pudieron comprobar, inmediatamente, los efectos de tantos días de bombardeos, como si una fuerza telúrica hubiese arrasado la ciudad.

Ibrahim, a sus pocos años, pudo comprobar la cruda realidad de una guerra: edificios destruidos, hierros retorcidos, árboles destrozados, vehículos quemados, cadáveres y gente, mucha gente que, en sentido inverso al suyo, comenzaba a abandonar la ciudad. En este caso eran habitantes serbios que desde siempre vivieron y convivieron bajo el cielo de Kosovo.

El viejo autobús se adentraba por la destrozada avenida y sus nerviosos ocupantes buscaban ansiosamente con la mirada el poder reconocer lo que meses atrás habían sido sus viviendas.

Caravanas de vehículos, atestados hasta lo inimaginable, circulaban en dirección contraria escoltados por soldados bajo otra bandera que no era la suya. Algunas imprecaciones se cruzaron entre los que iban y venían. Ibrahim asistía impertérrito a la escena, sólo pensaba en llegar a casa si es que todavía permanecía en pie.

A través del cristal de la ventanilla del autobús, compartido con la suciedad que le recubría, pudo verle. Su corazón comenzó a latir a un ritmo desenfrenado, creía que le iba a estallar. Allí, en uno de los automóviles que abandonaban la ciudad, en el asiento posterior, junto a la puerta...vio a su inseparable amigo de años, de meses atrás, con la mirada perdida, sollozante... ¡Es Goram! ¡Es Goram!, casi chillaba repitiendo su nombre.

Ibrahim y Goram habían sido como hermanos. Vivían muy cerca el uno del otro. Asistieron juntos al mismo colegio y fueron compañeros de aventuras y desventuras. Ibrahim más emprendedor, aventurero, soñador. Goram más sosegado, pensativo pero más resolutivo cuando llegaba el momento de serlo, quizá por esto Goram gozaba, no sólo de la amistad de Ibrahim sino con la confidencialidad de éste, señal inequívoca de que tenía toda su confianza a pesar de sus pocos años.

El padre de Ibrahim, percatado que su hijo había reconocido a su amigo Goram, intentó, sin éxito, que éste mantuviese la calma. La familia de Goram huía, ellos volvían a casa.

Los vehículos continuaban detenidos por uno de los abundantes controles militares. Goram buscó, con la ansiedad reflejada en su joven rostro, a quien le hacía señas desde el automóvil estacionado junto al suyo y descubrió a Ibrahim que se desarticulaba moviendo los brazos, cual molino al viento, para que se fijase en él.

Súbitamente sus miradas se encontraron. Se dijeron tanto aquellos ojos en tan poco tiempo y sin mediar palabra... ¿por qué había pasado esto? ¿Por qué tuvieron que separarse? ¿Por qué se fue Ibrahim y ahora que vuelve tiene que irse Goram? Los

convoyes en ambas direcciones continuaron la marcha. El de Ibrahim llegó a su final, el de Goram comenzaba. El viejo autobús descargó su pasaje.

El panorama era desalentador por donde se mirase. El cielo relampagueante había cambiado y el crepúsculo comenzaba a ser dueño y señor mientras, nítida y resplandeciente, sobre el cielo kosovar, se distinguía la Luna en cuarto creciente.

Ibrahim, separado por propia voluntad del grupo de su familia, corrió unos metros por la avenida con su mirada clavada en los rayos de Luna que ésta desprendía. Corría y corría, en alocada carrera, en su busca. No quería ni podía pensar en otra cosa; mientras corría se le agolpaban en su mente multitud de recuerdos vividos junto a Goram.

Recordaba las interminables horas que pasaban, en las bochornosas noches del estío, observando la miríada de estrellas que cubrían el inmenso cielo kosovar mientras Selene, en toda su plenitud, asaeteaba las cumbres y farallones de las montañas cercanas que les separaban de la cuna de Alejandro con sus plateados rayos, mientras su abuelo, sosteniendo una humeante pipa de hueso entre sus escasos y gastados dientes, narraba y narraba aventuras pretéritas de sus ancestros.

Ibrahim no atendía la llamada de su familia. Se alejaba cada vez más en su alocado maratón con la vista fija en el cielo que, sobre el horizonte, divisaba. Tuvo que parar junto a un árbol que sobrevivía a los bombardeos. Por entre sus espesas ramas se colaba la luminosa claridad del cuarto creciente. Rodeó con sus brazos, en perfecta simbiosis, un haz de luz estelar y sonrió largamente. Él siempre había querido cabalgar sobre un rayo de luna.

José Sedano Moreno
Berja (Almería), año de 1999